

—¿Piensa dar a conocer su labor en el extranjero?

—Difícil es esto, pues los elementos de la Coral no pueden abandonar sus ocupaciones mucho tiempo; pero no pierdo la esperanza de cantar en Lisboa, París, Berlín y acaso en América. Aunque es difícil, muy difícil; ahora en Madrid, me ofrecían un contrato por cien conciertos para las principales naciones europeas y americanas; hube de resignarme a no aceptar, y sólo les enviaremos nuestra voz en conserva y en unos discos que hemos impresionado hace dos meses.

Estamos nuevamente en la ciudad. El maestro Haedo vuelve a su merito-

ria y heroica labor de educar voluntades y enaltecer a Castilla, y yo de regreso a la Corte. Un apretón de manos, de esas manos que parecen hacer malabarismos con las voces de sus cantores, y nos despedimos.

Ya en el tren, solo en mi departamento y mientras el convoy cruza la llanura que comienza a ser devorada por las sombras, entono una salve a Castilla, a mi Castilla, la tierra sana y joven, que canta y que ríe, que goza y que ama y que se adorna con los colores más bellos, más suaves y más castos, aunque escritores necios y pintores neuróticos la sientan de otro modo.

JUAN MANUEL PRIETO

## La Real Coral Zamorana en el Ateneo de Madrid

A la amabilidad de nuestro querido colaborador «Juan del Brezo» deben los lectores de RITMO la interesante conferencia de presentación en el Ateneo de Madrid de la Coral Zamorana el 30 de mayo de 1930.

«Señoras y señores: Un azar, quizá para ustedes más propicio, me ha escogido a mí para presentarles la Coral Zamorana. Lo hago complacido y satisfecho, no sólo porque en este caso es fácil elevar la voz para cantar méritos y virtudes, sino porque también es altamente halagüeño verter el más fervido entusiasmo por los pueblos que, como Zamora, saben con su calor y desinteresado esfuerzo crear instrumentos, vehículos del espíritu como la Coral Zamorana. Vehículos necesarios, ya no sólo para que la continuidad artística pueda perennizarse en la historia, pero también para que el alma de nuestro pueblo, para que el temblor emocional de los hermanos del campo llegue hasta la ciudad enferma de tantas lacerías y miserias, hasta la urbe preciada de sí misma, que casi los ignora, y sepa, cómo en ellos, la emoción de vivir se hace música, deviene poesía, o mejor si queréis, sustancia poética, que como la gleba que levanta el arado, posee las virtudes, la geología de la tierra, con sus primarias sustancias nutritivas y las raicillas, el germen de las plantas que en la primavera han de ser hojas, flores y grano, y aun esencia química de los campos; el romero y el tomillo. Exudación generosa que da la tierra, que del contento del sol y el agua, del contento del vivir, se pone verde y lanza los suspiros de sus perfumes. No otra cosa es el canto popular; reintegración al espíritu universal, que, en su afirmación de vida, se hace movimiento, inquietud y mansedumbre, amargura y alegría, un verterse hacia

afuera; impronta vital, pero de eternidad, que ha quedado desde tiempos remotos en los bisontes de la cueva de Altamira, en la exultante alfarería de Manises, que robó al cielo todos sus azules y al sol gran parte de sus brillos, en ese retorcerse llamante de las «sayaguesas» que vereis cómo escandee la figura de las muchachas que nos envía Zamora, tan firmes en su sonrisa como en su garbo y belleza, o en las «pardalas y altisanas» que oiréis cantar, con esa convicción inquebrantable, con esa posesión, que sólo da el sentirse dueño de sí mismo y de lo que le rodea, con esa fe, digámoslo de una vez, señoras y señores, que otorga el sentirse pueblo, alma de todas las almas, vicio de todos los vicios, virtud de todas las virtudes, señor de todos los señores.

He aquí cómo el coro, el orfeón, es la gran disciplina, la más desinteresada comunión espiritual entre los hombres, lo que con vínculos menos materiales unifica las voluntades y las emociones. Sin coro, sin voces conjuntadas que armónicamente se unan, sin clamor simultáneo e impositivo, no hay voluntad popular, no hay pueblo, ni por lo tanto nación, ni patria, que al fin y al cabo no es otra cosa que este canto mancomunado, que sabe de alegrías y tristezas, de amores y odios. Sinestesia y sincretismo (valga la palabra); he aquí el lazo que engendra la patria. Formemos coros si queremos sentirnos más hermanos, más cerca los unos de los otros, coros que se apoderen de la savia popular, que sean las arterias que rieguen toda la península, transmutando sus valores; vivamos con y del folklore, exaltemoslo como el más vivo espíritu nacional, busquemos en él por lo que clama, cuáles son sus secretas intenciones y sus deseos explícitos. Así podremos llegar hasta lo más hondo de lo

racial; única tradición que no se puede desdeñar y en donde se cobija hasta el germen de todo anhelo. En este sentido se me aparece el coro como un necesario servicio público, aún más rico, más fecundo que los museos que hoy se crean en todas las provincias y subvencionan los gobernantes, porque es una cosa más viva, incapaz de anquilosamiento, del polvo secular, en el sentido real de la palabra, y también hijo más directo del suelo, pero... pero al mismo tiempo el más espiritual. Entre todas las actividades humanas, si se exceptúa quizá la filosofía, es la música la que posee la sustancia más ingravida, más etérea, menos real. Quizá no sea la más intelectual, en el concepto que el conde de Keyserling le otorga al vocablo, pero es, sin duda, la más llena de alma, la más espiritualizada. Para comprenderla no se necesita más que, como en la vieja viola de amor, unas cuerdas que, bajo las que auténticamente suenan, vibren por simpatía.

Propugno el sostenimiento y creación de coros, sobre todo de la calidad del que habréis de oír, porque es el medio más eficaz de evitar que desaparezca o se adultere, hasta quedar casi desconocido, el rico tesoro de nuestro canto popular, que hasta ahora ha sido relativamente fácil de conservar, merced al aislamiento de nuestros pueblos, pero cada día más fácil de perder su prístina pureza, al verse herido por las influencias de las saetas que el mundo las lanza por todos los medios mecánicos, del aeroplano a la pianola.

Pero no sólo puede y debe animar a las masas corales el «folklore». Hay en nuestros archivos y bibliotecas unas de las más valiosas joyas de la música; toda la obra ejemplar, maravillosa y excepcional de nuestros polifonistas del diez y seis y el diez y siete. Tan allá y aún más que los Palestrina, que los Wilae, que los Okeghem, que los Orlando de Lasso, están nuestros Morales, Guerrero, Brudien, Juan Jiménez Pérez, Juan García de Salazar, músico zamorano de la primera mitad del siglo XVII, que ha descubierto y traído a la luz la inteligente actividad y devoción del maestro Haedo, y Victoria, Tomás Luis de Victoria, el músico abulense que sólo admite comparación con aquel extraordinario músico que fraguó la «Misa del Papa Marcelo».

«La Coral Zamorana es un ejemplo vivo de cómo asietando el corazón con canciones se ganan batallas más eficaces, por menos cruentas, que disparando venablos de los que ensangrientan y maculan el cuerpo. Quiero que sepan ustedes, señoras y





LA REAL CORAL ZAMORANA

señores, cómo sólo el esfuerzo de un hombre y de unos muchachos, que la sensibilidad y el entusiasmo acucian, ha podido crear, en el decurso de seis años, una lira que, tan bien templada, tiene todas sus cuerdas, que con tanta perfección nos devuelve la mística exaltación de los polifonistas del siglo XVII—misticismo que, como el de las catedrales góticas, se retuerce en volutas y alicatados en pos de la divinidad—la pasión romántica, más cerca de la tierra pero roja del contento de vivir; avasalladora, haciendo profesión de fe erótica hasta cuando desprecia y odia, que canta esas tonadas castellanas, en algunas de las cuales, «La noche del ramo», por ejemplo, contiene elementos folklóricos, que si bien miran al Norte, a nuestra Cantabria, no dejan tampoco de apropiarse giros y formas melismáticas del Sur, con lo cual se puede ver la razón de por qué Castilla está en el medio de la Península, ha sido el lazo que traba estas porciones de la patria, entre las que se tiende como un puente, para que por él todos los hermanos puedan pasar y encontrarse».

La Coral Zamorana les ofrece hoy a ustedes un programa que muestra cuáles son sus posibilidades y recursos: Una primera parte consagrada a nuestros polifonistas clásicos, piedra de toque en que se aquilatan la capacidad técnica, el esfuerzo y disciplina, la dignidad de los más agueridos coros; otra dedicada a la música romántica, que es testimonio de su capacidad sentimental; también hay dos músicos modernos precla-

ros: Debussy y Ravel, cuya figura armónica, cuyas dificultades de interpretación no es dable vencer más que a los que sienten la poesía y belleza de la armonía; también una obra popular de tierras eslavas, una canción de trabajo que servía a los sirgadores del Volga para halar sus embarcaciones a lo largo de los polvorientos y encendidos caminos de sirga. Feliz versión que, para que no pierda nada de su primitivo sabor, hasta la cantan en ruso, y luego las canciones que el maestro Haedo, en sus peregrinaciones por tierras de Zamora, ha arrancado al terruño, con raíces y todo, y acomodado a las exigencias del coro; canciones, también en su mayoría, de trabajo, con que el labrador convence más fácilmente al campo para que se deje fecundar; canciones de arar, de siembra, de trilla; canciones con que el carretero da aire a su corazón y puebla los largos caminos, de compañía invisible, con que anima a sus caballerías lentas y cansinas, a proseguir y proseguir... Y también canciones de otro trabajo más breve y regocijado: canciones de amor y ronda, con que hacer florecer la sonrisa de la que se ama.

No quiero en un punto más mantener vuestra impaciencia y cansaros con este solo mío, tan ronco y poco bien templado. No es del caso emprenderla con erudiciones, que se irían camino arriba en busca de los muchos folios que en la biblioteca se encierran.

La música es inefable, las palabras sírvenla para muy poco, y en ella está la eficacia misma; para compren-

derla no hay más, como os dije antes, que tener unas cuerdas que por simpatía vibren, vibración que estoy seguro ha de producirse cordial y generosa en cuanto estos muchachos y muchachas lancen al aire el torrente de sus cántares. Por un momento, señoras y señores, este salón, saturado hasta en sus últimos rincones con la rigidez augusta de la ciencia, con la inquietud de los problemas vivos y actuales del mundo, va a oírse, va a recibir el bálsamo de algo que todo lo purifica y amansa, pero, al mismo tiempo, exalta cuanto de más noble y desinteresado se guarda en los resquicios de la conciencia. Cantar es encantar; de esta hechicería saben mucho los que habréis de oír.

Pero antes de terminar quiero cumplir con la misión que directamente me ha sido encomendada, señoras y señores: os presento al jefe visible de esta comunión de fieles a la música, al hombre a cuyo esfuerzo se debe en principal porción, al maestro Haedo; y a este hervor de juventud que nos envía tierras de Zamora, podéis decir que hoy se ha entrado en la casa un trozo mismo de la Castilla Zamorana; ellos nos la traen quintaesenciada en la redoma magnífica de sus cantos.

Espero, señores ateneístas, que no será pedir mucho como prueba de vuestra hidalguía y hospitalidad, como salutación y bienvenida, un aplauso para todos ellos, porque, lealmente os digo, que apenas será un anticipo de los muchos que los deberéis después de haberlos oído.

JUAN DEL BREZO